

esperaba bajo una bóveda oscura, junto á la escalera, oculto por la sombra de la puerta. Apenas vió aparecer al Príncipe, se adelantó, se puso á su lado en el momento que ponía el pié en el segundo escalon, le disparó en medio del pecho una pistola cargada con tres balas y se dió á la fuga. El Príncipe vaciló y cayó en los brazos de un escudero; todos acudieron; él dijo con voz apagada: «¡Dios tenga piedad de mí y de mi pobre pueblo!... Estoy herido!» Estaba bañado en sangre. Su hermana Catalina de Schwartzbourg, le preguntó: «¿Encomiendas tu alma á Jesucristo?» El respondió con voz espirante: «Sí.» Fué su última palabra. Lo sentaron en un escalon, lo interrogaron, ya no estaba en su acuerdo. Lo llevaron á una habitación cercana y espiró.

Gerard habia atravesado las caballerizas, habia huido del convento y estaba en el bastion, de donde contaba saltar al foso y alcanzar á nado la orilla opuesta, en la que le esperaba un caballo ensillado. Pero al huir, habia dejado caer el sombrero y una pistola. Un sirviente del Príncipe y un alabardero, que vieron aquel rastro, lo siguieron. En el momento que iba á saltar, se cayó. Sus perseguidores llegan y lo sujetan. «¡Traidor del infierno!» le dicen. El responde con calma: «No soy un traidor; soy un servidor fiel de mi señor y amo.»—«¿De qué señor?» le preguntan.—«De mi señor y amo el Rey de España» responde Gerard.

Llegan otros alabarderos y pajes del Príncipe, y lo llevan á la ciudad pegándole con los puños y con las empuñaduras de las espadas. Creyendo, por lo que oye, que el Príncipe no ha muerto, el desgraciado exclama con tranquilidad siniestra: «¡Maldita sea la mano que erró el golpe!»

Esta desgraciada firmeza de alma no le abandonó un solo momento. Delante del tribunal, en los interrogatorios, en el calabozo, donde fué arrojado cargado de cadenas, se conservó inalterablemente tranquilo. Soportó los tormentos que acompañaron al juicio sin dar un grito. Entre un tormento y otro, mientras los verdugos descansaban, hablaba tranquilamente, sin ostentacion. Mientras desgarraban su cuerpo, levantando de vez en cuando la cabeza ensangrentada del banco del tormento, decia: *Ecce homo*. Dió gracias varias veces á sus jueces por el alimento que le daban y escribió sus declaraciones de su puño y letra.

Habia nacido en Vuillafans, en el condado de Borgoña; habia estudiado leyes con un procurador de Dôle, y le habia manifestado por primera vez su designio de matar á Guillermo, clavando una daga en una puerta y diciendo: «Así quisiera clavar un puñal en el pecho del Príncipe de Orange.» Habiendo sabido, tres años despues, la noticia del bando de Felipe II, fué á Luxemburgo con el designio del asesinato, y allí le detuvo la falsa noticia de la muerte de Guillermo, que corrió

despues del atentado de Járegui. Poco despues, sabiendo que vivia el Príncipe, volvió á su primitivo desígnio y fué á Malinas á consultar á los jesuitas que lo animaron, ofreciéndole que, si moria en la demanda, alcanzaria la gloria de los mártires. Entonces fué á Tournay, se presentó á Alejandro Farnesio, recibió confirmacion de las promesas del Rey Felipe, fué animado por los servidores del Príncipe y por los ministros de Dios, se fortaleció con la lectura de la Biblia, con ayunos y con oraciones, y así, lleno de una exaltacion divina, soñando con los ángeles y con el paraíso, partió para Delft, y cumplió «con su deber de buen católico y de súbdito fiel.»

Repitió varias veces su confesion á los jueces; no pronunció una sola palabra de amargura ni de arrepentimiento; se alabó de su delito; dijo que era un nuevo David, que habia derribado al nuevo Goliat; declaró que si no hubiera matado al Príncipe de Orange estaria aún dispuesto á hacerlo; su valor, su calma, su desprecio de la vida, su persuasion profunda de haber cumplido una mision santa y de alcanzar una muerte gloriosa, aturdió á sus jueces, se le creyó poseido del demonio, se hicieron averiguaciones; se le preguntó á él mismo, pero respondió que no habia tenido relaciones más que con Dios:

Le fué leida la sentencia el 14 de Julio; era un delito contra la memoria del grande hombre á

quien queria vengar; sentencia capaz de hacer caer desvanecido á quien no tuviese sobrehumana fortaleza.

Fué condenado á quemarse la mano en un tubo de hierro candente, y á que le desgarraran los brazos y las piernas con tenazas ardiendo; á que le destrozasen el vientre, le arrancasen el corazón y se lo echasen á la cara; se le separase la cabeza del tronco y se clavase en una pica; se descuartizase su cuerpo, y cada pedazo fuese colgado de una horca en una de las puertas principales de la ciudad.

Al oír la enumeracion de tales horrendos suplicios, aquel desgraciado no palideció ni significó dolor, terror, ni asombro. Abrió su trage, mostró el pecho desnudo á sus jueces, y clavando en ellos sus ojos impertérritos, dijo con voz firme las palabras de costumbre: *Ecce homo.*

¿Qué era este hombre? ¿Era solo un fanático, como creyeron muchos? ¿ó un mónstruo de maldad, como otros aseguran? ¿ó las dos cosas á la vez, con una desenfrenada ambicion por añadidura?

Al dia siguiente fué ejecutada la sentencia. Los preparativos del suplicio se hicieron á su vista; los miró con indiferencia. El ayudante del verdugo comenzó á romper á martillazos la pistola, instrumento del delito. La cabeza del martillo se escapó é hirió en la oreja á otro ayudante; el pue-

blo se rió y Gerard se rió tambien. Cuando subió al patíbulo, daba horror ver su cuerpo. Cuando su mano chirriaba y humeaba en el tubo candente, estaba mudo; mientras las tenazas ardiendo laceraban sus carnes, no dió un grito; cuando el cuchillo le penetró en las vísceras, inclinó la cabeza y murmurando algunas palabras incomprensibles, espiró.

La noticia de la muerte del Príncipe de Orange habia sembrado en el país una consternacion inmensa. Su cuerpo estuvo expuesto un mes en un lecho fúnebre, en torno del cual acudió el pueblo á prosternarse y á llorar. Sus funerales fueron dignos de un Rey: concurrieron los Estados generales, el Consejo de Estado, los Estados de Holanda, los magistrados, los sacerdotes, los Príncipes de la casa de Nassau; doce caballeros llevaban el féretro; cuatro grandes señores, las puntas del paño mortuorio; seguía el caballo del Príncipe, espléndidamente arreádo y conducido por su escudero; y se veía entre el cortejo de los condes y barones, á un jóven de diez y ocho años, que habia de recojer la herencia gloriosa del difunto, humillar á los ejércitos españoles y obligar á España á pedir treguas y reconocer la independencia de las provincias unidas. Aquel jóven era Mauricio de Orange, hijo de Guillermo, al que los Estados de Holanda, poco despues de la muerte de su padre, confirieron la dignidad de Statolder y

confiaron despues el mando supremo de las tropas de mar y tierra.

Mientras Holanda lloraba la muerte del Príncipe de Orange, en todas las ciudades sometidas al Rey de España, el clero católico festejaba el asesinato y al asesino; los jesuitas lo exaltaban como á un mártir; la Universidad de Lobaina publicaba un elogio suyo; los canónigos de Bois-le-Duc cantaban el *Te Deum*. Algunos años despues, la familia de Gerard recibió del Rey de España un título de nobleza y las tierras confiscadas en Borgoña al Príncipe de Orange.

La casa donde el Príncipe de Orange fué asesinado, existe todavia: es un edificio de sombrío aspecto, con ventanas enrejadas y una puerta estrecha que forma parte del cláustro de una antigua iglesia consagrada á Santa Agueda, y aún conserva el nombre de Prisenhof, aunque hoy sea cuartel de artillería. Pedí permiso para entrar, al oficial de guardia; un cabo que sabia un poco de francés, me acompañó; atravesamos un patio lleno de soldados y llegamos al sitio memorable. Ví la escalera que subia el Príncipe cuando fué herido, el rincón oscuro donde se habia apostado Gerard, la puerta de la sala donde el desventurado Guillermo comió por última vez, y las huellas de las balas en la pared, en un pequeño espacio blanqueado, con una inscripcion holandesa, que recuerda que allí murió el padre de la pátria. El

cabo me mostró por donde había huido el asesino. Mientras yo estaba mirando con la curiosidad pensativa que se siente en los sitios donde se han cometido grandes delitos, subían y bajaban los soldados, se paraban á mirarme y se marchaban cantando y silbando; otros reían en el patio, y aquella alegría juvenil formaba con la triste solemnidad de aquellos recuerdos un vivo y conmovedor contraste, como una fiesta de niños en la estancia donde ha muerto el abuelo, cuya memoria les es querida.

Frente al cuartel, está la iglesia más antigua de Delft, que encierra la tumba de aquel famoso almirante Tromp, el veterano de la marina holandesa, que asistió á veintidos combates navales, destrozó en 1652, en la batalla llamada de las Dunas, la escuadra inglesa mandada por Blake, y volvió á su pátria con una escoba en el palo mayor del navío almirante para indicar que había barrido á los ingleses del mar. Allí están también la tumba de Pedro Hein, que de simple pescador llegó á gran almirante é hizo aquella memorable redada de buques españoles, que llevaban en las bodegas más de once millones de florines, y también la de Leuwenhoek, el padre de la ciencia de lo infinitamente pequeño, aquel que *con el vidrio indagador*, como dice Parini, *vió nadando en la ola genital el hombre pequeño*. La iglesia tiene un alto campanario coronado por cuatro torrecillas

cónicas, y está inclinado como la torre de Pisa, por haber cedido debajo el terreno. En una celda de este campanario fué encerrado Gerard la noche que siguió al asesinato.

En Rotterdam me habían dado una carta para un vecino de Delft, en la que le pedían que me dejara ver su casa. «Desea—decía la carta—penetrar los misterios de una antigua casa holandesa; descorra un momento el velo del santuario.» No me fué difícil encontrar la casa, y apenas la ví, dije para mis adentros:—Esta es la mía.

Era una casita situada en la extremidad de una calle que terminaba en el campo, de un solo piso, roja, colocada á la orilla de un canal, un poco inclinada hácia delante como para mirarse en el agua, con un hermoso tilo delante, que se extendía hácia las ventanas como un gran abanico, y un puente levadizo frente á la puerta. Tenía cortinillas blancas, la puerta verde, sus flores y sus espejitos; era un bonito modelo de casa holandesa.

La calle estaba desierta; antes de llamar á la puerta estuve un rato mirando y meditando. Aquella casa me hacía conocer mejor á Holanda que todos los libros que había leído. Era á la vez la expresión y la razón del amor de la familia, de los deseos moderados, de la índole independiente del pueblo holandés. En nuestros países no existe la verdadera casa; no hay más que partes de case-

rones, habitaciones que no tienen nada de nuestro, en [las que vivimos escondidos, no solos, oyendo mil rumores de gente extraña, que turba nuestros dolores con el eco de sus alegrías y nuestras alegrías con el eco de sus dolores. La verdadera casa está en Holanda; la casa personal, distinta de las demás, púdica, circunspecta; y justamente porque es distinta de las demás, es enemiga de misterios y de intrigas; alegre, cuando está alegre la familia que la habita, y cuando está triste, muy triste. En aquellas casas, con aquellos canales, con aquellos puentes levadizos, cualquier modesto ciudadano tiene algo de la dignidad solitaria de un castellano, del comandante de un fuerte ó del capitán de un buque, y ve desde sus ventanas, como desde la cubierta de un buque inmóvil, una llanura uniforme y sin límites que le inspira los mismos pensamientos libres y serios que inspira el mar. Los árboles, que rodean su casa como de un manto de verdura, no dejan penetrar en ella más que una luz ténue y discreta; la barca, cargada de mercaderías, se desliza blandamente por delante de su puerta; no oye pisadas de caballos, ni chasquidos de fustas, ni cantos, ni gritos; todos los momentos de la vida que le rodea son silenciosos y lentos; todo respira paz y dulzura y el campanario de la iglesia vecina le avisa la hora con una onda de armonía reposada y constante, como sus afectos y su trabajo.

Llamé á la puerta, me abrió el dueño de la casa, le presenté la carta, la leyó, me dirigió una mirada escrutadora y me hizo entrar. Así sucede casi siempre. Los holandeses, á primera vista, son desconfiados. Nosotros, al primero que llega con una carta de recomendación, le abrimos los brazos como si fuera nuestro amigo más íntimo, y con frecuencia maldito lo que despues hacemos por él. Los holandeses, por el contrario, acogen á uno con frialdad; algunas veces hasta de un modo que casi mortifica; pero despues prestan mil servicios, con la mejor voluntad del mundo y sin dejar ver que os hacen un obsequio.

Lo interior de la casa correspondia perfectamente á lo de afuera: parecia el interior de una embarcación. Una escalera de madera, brillante como el ébano, conducia á las habitaciones altas. En la escalera, delante de las puertas, en los descansos, habia esteras y alfombras. Los aposentos eran pequeños como celdas; los muebles limpidísimos; las cerraduras, las manivelas de los picaportes, las perillas, los clavos y todos los adornos de metal, brillaban como si acabaran de salir de manos del bruñidor; y en todas partes se veia una profusión de vasijas de porcelana, de tazas, de luces, de espejos, de cuadrillos, de rinconeras, de chucherías, de objetos de todas formas y para todos los usos, admirablemente limpios, que atestiguaban las mil pequeñas necesidades que crea el

amor á la vida sedentaria, la actividad previsora, el continuo cuidado, el gusto de lo pequeño, el culto al órden, la industriosa economía de espacio, en fin, la residencia de una mujer casera y tranquila.

La diosa de aquel pequeño templo, que no hablaba ó no se atrevía á hablar francés, estaba escondida en no sé qué rincón, que no pude adivinar.

Bajamos á ver la cocina: estaba brillantísima. Cuando volví á mi casa, se la describí, en presencia de mi madre, á la criada, que se la echa de limpia, y quedó anonadada. Las paredes eran blancas como la pura nieve; las cacerolas reflejaban los objetos como espejos; la pared del fogón estaba revestida de azulejos finos, tan limpios como si nunca se hubiera encendido allí fuego, y todos los utensilios parecían de acero bruñido. Una señora en traje de baile hubiera podido andar por todas partes y tocarlo todo sin cojer una sola mancha.

Entretanto, la sirvienta hacia la limpieza y su amo la comentaba así: «Para formarse una idea de lo que es la limpieza entre nosotros, decia, seria preciso seguir durante una hora el trabajo de esta mujer. Aquí se enjabona, se lava y se cepilla una casa como á una persona. No es una limpieza, es un tocado. Se sopla en la juntura de los ladrillos, se escarba en los rincones con las uñas y se

limpia todo con tal minuciosidad, que causa tanto la vista como los brazos. Es una verdadera pasión nacional. Estas muchachas, que son ordinariamente flemáticas, el día designado para la limpieza se salen de sus casillas y se vuelven frenéticas. Entonces no somos nosotros los amos de la casa. Invaden las habitaciones, nos echan, nos remojan, lo vuelven todo patas arriba; para ellas aquello es un deleite; son como las bacantes del aseo; se exaltan lavando.»

Le pregunté de dónde creía que procedía aquella especie de manía por la que es famosa Holanda. Me dió las mismas razones que luego me dieron otros muchos: la atmósfera del país, que ataca extraordinariamente la madera y los metales; la humedad, la pequeñez de las casas y la multitud de objetos que favorecen la suciedad, la gran abundancia de agua que facilita el trabajo, cierta necesidad de la vista, á la que la limpieza acaba por parecer hermosura, y por último, la emulación, que todo lo lleva al exceso. «Pero no es esta, añadió, la parte más limpia de Holanda; el exceso, el delirio por la limpieza, lo encontrará en las provincias septentrionales.»

Salimos á pasear por la ciudad. Aún no era medio día, en todas partes se veían criadas vestidas como las de Rotterdam. Cosa singular: todas las criadas de servir, en Holanda, de Rotterdam á Croningen, y de Harlem á Nimega, van vesti-

das del mismo color: un traje lila claro, lleno de flores, de estrellas ó de crucecitas; y para hacer la limpieza se ponen una cõfia y unos enormes zuecos blancos. Al principio creí que formaban entre sí alguna corporacion nacional que tenia marcada en sus estatutos la uniformidad del traje. Las más de ellas son muy jóvenes, porque las mujeres de alguna edad no podrian soportar sus fatigas; rubias, gruesas, con unas curvas posteriores descomunales, (observacion de Diderot); muy pocas bonitas, en el estricto sentido de la palabra; pero tienen una blancura y unos colores tan admirables, que parece que van derramando salud y que se debe recobrar apretando los carrillos contra los de ellas. Sus formas llenas y sus hermosos colores toman una gracia particular de su traje de casa, especialmente por la mañana, que llevan los brazos remangados y el cuello al aire y enseñan blancuras de querubines. Los jóvenes llaman, en holandés, voluptuosa á aquella manera de vestir, y me parece que no se engañan del todo.

De pronto, me acordé de un apunte que anoté en mi cuaderno antes de marchar á Holanda; me detuve é hice á mi compañero esta pregunta:

—¿Las criadas, son tambien en Holanda el tormento eterno de sus amas?

Haré un corto paréntesis. Sabemos que las señoras de cierta edad, buenas madres de familia y hacendosas, que tienen que lidiar directamente

con las sirvientas; las señoras, digo, que tienen una criada sola que hace de cocinera y de doncella, se ocupan largamente y con frecuencia, en sus conversaciones íntimas, de este asunto. Siempre hablan de insolencias insoportables, de faltas insufribles, de sisas, de despilfarro, de mentiras, de despedidas y de otras calamidades semejantes que siempre terminan con el estribillo aquel de: "que ya no hay sirvientas de confianza y honrados como los de otro tiempo, que tomaban cariño á las familias y envejecian en las casas; que hay que estar mudando continuamente, y que así no se puede seguir." ¿Es verdad ó no? ¿Es una consecuencia de la libertad é igualdad de las clases, que ha hecho más duro el servir y más exigente al que sirve? ¿Es un efecto de la relajacion de las costumbres y de la disciplina pública, que se deja sentir hasta en la cocina? Sea ello lo que quiera, el caso es que en mi casa estoy oyendo machacar con frecuencia sobre lo mismo, y un día, antes de salir para España, le dije á mi madre: "Mira, si hay algo en Madrid que pueda consolarme de estar lejos de la familia, será el no oír hablar de asunto tan odioso." Llego á Madrid, entro en una *Casa de huéspedes*, y lo primero que me dice la patrona es que ha mudado tres criadas en un mes, que es cosa de desesperarse, que no sabe á qué santo se ha de encomendar, y así siguió, mientras allí estuve, la misma lamentacion